tos de regular importancia que vayan ocurriendo, ya que la extensión del Atlántico que nos separa de la conmoción proletaria europea es causa de retraso y de que á veces las noticias más interesantes pierdan su oportunidad al ser recogidas en nuestra publicación.

La Redacción

Los Teóricos

Pasa con los hombres y las ideas, lo que con el oxígeno y las plantas. Unos y otras absorben el precioso elemento que opera el milagro de su vida, pero no todos tienen la misma potencia de absorción.

Hay sin duda inteligencias privilegiadas que engullen vorazmente las ideas y luego las devuelven trajeadas de belleza. Muchas de ellas son *teóricas*, es cierto, y hacen de su vida un constante mentís para los principios que chispean en la esgrima de su dialéctica.

Sus declaraciones tienen, sin embargo, un gran valor para nuestras tareas. Ellas reproducen—como los espejos de las vitrinas en las pastelerías la hermosura que pasa—los pensamientos de otros hombres que acaso supieron practicarlos, para ser vistos por muchos que acaso, fascinados, los practiquen.

He aquí el propósito que da vida á esta sección.

***

«Considerar compatible con el cristianismo, como lo hacen hoy sus doctores más autorizados, el desnivel inmenso de goces y fortunas que es característico de la sociedad actual, es romper, no sólo con la enseñanza del Cristo, sino con las irradiaciones de su iglesia primitiva. Nada hay en lo que se llaman las reivindicaciones socialistas que no sea clara y estrictamente conforme con la doctrina de Jesús y con el sistema de vida por sus apóstoles inaugurado: en lo único en que hay divorcio entre lo uno y lo otro es en el procedimiento para plantear el nuevo régimen, porque Jesús era un socialista manso, que proscribía la fuerza como vehículo de las instituciones cuyo establecimiento predicaba. Pero aún en este punto, cabe sostener que hay mayor lógica y consecuencia con el espíritu de la tesis fundamental cristiana en la conducta de ciertos héroes y propagandistas del socialismo de hoy, que en la resistencia á usar de la fuerza del dulce y sublime Nazareno, resistencia que miran muchos más bien como cuestión de temperamento personal que como achaque de doctrina. Porque, dicen aquellos, ó la fuerza se ha de usar alguna vez, ó el cristianismo no puede ser otra cosa, como ya lo notaron algunos de sus críticos paganos, que una sociedad compuesta de tontos que se dejan explotar y de pícaros que los explotan: ha de haber jueces, ha de haber prisiones, ha de haber castigos; la propia defensa no podrá en absoluto condenarse; y la iglesia primitiva cristiana nunca atacó las instituciones sociales de su tiempo, que se valían y tenían que valerse de la violencia para proteger la observancia de la ley. Ahora bien, si en cada nación ha de haber jueces y carceleros, y el cristianismo vino á establecer la sociedad universal, nada más lógico que usar de la violencia, no ya para los pequeños detalles del orden y concierto dentro de la vida nacional, sino para el planteamiento genérico del reinado de Dios sobre la tierra, ó lo que es lo mismo, de la caridad y la justicia. Usar la fuerza para las venganzas de nuestra soberbia ó para el medio de nuestras avideces egoístas será sin duda un gran pecado; pero usarla para la libertad del oprimido, para el amparo del débil, para el socorro del necesitado, no es, dicen ellos, sino un